Cuando la organización del aula comunica expectativas

escrito por Patricia Cucarella | 24 de noviembre de 2026



Hace unos días, un conocido que estudia un Ciclo Formativo de Grado Superior me contó que su tutora había tomado la decisión, a principios de curso, de que debía sentarse en la última fila de clase, junto a otros dos compañeros que como él habían repetido curso. **Al mostrar su voluntad de sentarse más adelante, la respuesta fue que el alumnado de nueva promoción tenía preferencia para ocupar las primeras filas.**

Han pasado más de dos meses desde que comenzó el curso y la situación no ha variado, me pregunto; **¿qué criterios justifican esta organización de aula? ¿qué se le está comunicando al alumnado, tanto repetidor como no? ¿qué expectativas tiene un profesor que ubica en la última fila al alumnado repetidor?**

No hay ningún criterio pedagógico que justifique esta organización. Cuando se obliga al alumnado a sentarse en un lugar definido por su condición de **repetidor** se está visibilizando un fracaso escolar previo, lo que puede influir en cómo es visto por su clase, por el profesorado y por sí mismos. **Este hecho puede reforzar algunos riesgos vinculados con la propia repetición, relacionados con el autoconcepto académico, las atribuciones de éxito, la motivación o la participación escolar, entre otros.** La

cuestión no es solo si aprenden más o menos por estar sentados en las últimas filas sino qué aprenden sobre sí mismo cuando se les comunica que su sitio es otro, diferente al de los demás.

Diferentes estudios llegan a la conclusión de que las creencias y expectativas del profesorado pueden condicionar el rendimiento, la participación y la autopercepción del alumnado. Cuando un alumno es percibido como menos motivado o con menor potencial académico o menos capaz, existe el riesgo de que se planteen retos académicos menos exigentes, se ofrezcan menos oportunidades para participar en el aula o se transmita una menor confianza en sus posibilidades. Estas expectativas pueden convertirse en una profecía que termina cumpliéndose, tal y como se plantea en el **efecto Pigmalión.**

Es fundamental reflexionar sobre las decisiones que tomamos al planificar la distribución del alumnado en el aula. Estas deben basarse en criterios pedagógicos fundamentados, flexibles y dirigidos a facilitar el aprendizaje, la participación y el bienestar de todo el alumnado. **Si las decisiones se sustentan en prejuicios y bajas expectativas académicas, corremos el riesgo de situar a una parte de nuestro alumnado en una situación de vulnerabilidad, reforzando las desigualdades que la educación debería contribuir a reducir.**

Imagen: Magnific